

En el centenario de *Cantos de Vida y Esperanza*

Juana MARTÍNEZ GÓMEZ

Universidad Complutense de Madrid

En este número la revista quiere celebrar el centenario de la publicación madrileña, de *Cantos de vida y esperanza*, conmemoración señalada para los españoles no sólo por la importancia del libro, sino también por la marcada españolidad de sus páginas. Fue, además, el primer poemario publicado por Rubén Darío en España en una época en la que todavía no se habían publicado, como sí ocurre ahora, muchos libros de autores hispanoamericanos y lo que dominaba en el ambiente literario español era el desconocimiento de la literatura escrita en el continente americano. El mismo Darío, durante su estancia española como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires entre 1898 y 1900, daba cuenta en sus artículos del «desconocimiento desastroso» entre intelectuales de aquí y de allá, a excepción, entre los españoles, de Juan Valera y Emilio Castelar.

Cuando se publica *Cantos de vida y esperanza* esta situación en parte se había paliado, pues Darío había conseguido la admiración y la amistad de algunos poetas españoles. Entre ellos Juan Ramón Jiménez con el que mantenía una estrecha relación desde años antes y con cuya colaboración cuenta para gestar y organizar el libro que se imprimió en la Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos al precio de 810 ptas. con 25 cms. en una tirada de 500 ejemplares.

Es patente la vinculación especial de este libro con España, pero los lazos hispánicos de Darío son mucho más que *Cantos de vida y esperanza* e, incluso, anteriores, pues están en Darío desde antes de 1905 y no sólo en sus páginas sino también en su biografía más íntima. Quizás España está más visible a partir de su primer viaje en algunos poemas que aparecen en *Prosas Profanas*, pero sobre todo a partir de 1901 en su libro *España contemporánea* en el que por primera vez escribe sobre la realidad española encerrada en sí misma entonces, tras los desastres del 98, cuando él reconoce que «España no está para literaturas, amputada, doliente, vencida».

Poco después, en 1904, a Darío se le abre el camino editorial español y a partir de *Tierras solares*, que es su primera publicación en la península, inaugura una larga lista de libros —una quincena de ellos con sello español— ya que Darío no deja de publicar en España hasta su muerte en 1916, lo que afianza aún más sus lazos con la cultura peninsular. Desde *España contemporánea* a la redacción de *Tierras solares* su perspectiva sobre España va cambiando al percibir Darío las

transformaciones sustanciales que se operaban en una sociedad española revivificada ya y tendiente a «una próxima era de victorias».

Ha pasado un siglo desde la publicación de *Cantos de vida y esperanza* y ahora nos parece normal celebrarlo. Hoy hay un consenso general sobre el papel nuclear, seminal, fundador de Darío y el valor de su poesía. Pero en su tiempo el libro sorprendió a muchos, pues tras el Darío conocido por *AZUL... y Prosas Profanas*, este era distinto, sobre todo porque estaba escrito en un tono mucho más íntimo que los anteriores.

El propio Darío reconocía que no todos entendieron este cambio porque esperaban el «tono matinal de *AZUL...*» y la princesa que estaba triste y los caprichos siglo XVIII, esperaban —decía él— «mis queridas y gentiles versallerías, los madrigales galantes y preciosos y todo lo que en su tiempo sirvió para renovar el gusto y la forma y el vocabulario en nuestra poesía». Que grandes intelectuales españoles de la época simplemente ignoraran *Cantos de vida y esperanza* no amilanaba ya a un Darío en plena madurez y respaldado por la fama.

Situado en la estación «autumnal» con una actitud reflexiva y sincera, ahora es un buscador de respuestas a todas sus dudas existenciales. Contra quienes le criticaban de artificioso y superficial Darío escribe sus *Cantos de vida y esperanza* donde exterioriza las «verdades» de su vida, donde se confiesa y practica «el culto del entusiasmo y la sinceridad». A ciencia cierta que a Darío le satisfizo plenamente quienes sí le entendieron, como Antonio Machado, aunque él y otros no fuesen entonces la mayoría, esa muchedumbre a la que él sabía que tendría que ir indefectiblemente.